

*Juan Carlos Elizalde Espinal
Obispo de Vitoria*



VIERNES SANTO HOMILIA DEL OBISPO DE VITORIA

Realmente estamos viviendo el Viernes Santo. Toda la humanidad está viviendo este Viernes Santo. Resuena la palabra de Jesús desde todos los rincones de la tierra:

DIOS MÍO, DIOS MÍO ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?

Jesús recoge nuestras preguntas. Las más generales: ¿Dónde está Dios? ¿Cómo puede permitir esto? Y Dios ¿qué? Y las más concretas: ¿Por qué a mí? ¿Por qué no he podido acompañar y despedir a mi madre? ¿Y esto en los más pobres? ¿Merece la pena vivir?

Esta pregunta terrible del salmo 21 que Jesús reza en la cruz hoy ilumina nuestro dolor. Poco nos consuelan nuestros razonamientos. Cuando se trata de guerras y atrocidades humanas Dios queda más exculpado porque es el mal uso de nuestra libertad el causante de estos males. Nuestra libertad, mal ejercida, es la causa del mal moral. ¿Y la causa del mal físico? Los filósofos concuerdan que es la limitación. Esta realidad nuestra es limitada. El agua maravillosa que nos da la vida, nos puede ahogar. Normalmente nos encontramos ante el mal mixto, una mezcla donde se aúnan los efectos del mal físico y del mal moral. Las grandes catástrofes de la naturaleza normalmente afectan más a los más pobres porque tienen menos recursos y viven en unas estructuras marginales, producto de la injusticia social reinante. El capitalismo radical y excluyente o las corrupciones millonarias de grandes mandatarios que bloquean partidas de educación, investigación y sanidad, tiene resultados nefastos para las personas más vulnerables. Por limitada, esta creación necesita de nosotros en la lucha contra el mal.

La respuesta de Dios al mal es su Hijo. Jesús de Nazareth ha asumido el mal. Lo ha cargado sobre ÉL, ha tocado las raíces del dolor humano y por eso acompaña desde dentro a toda la humanidad. Paul Claudel, el poeta francés, lo dice muy bien: "Jesús no ha venido a quitar o a explicar el dolor humano sino a llenarlo de su dulce presencia".

Sería injusta la creación si Dios se hubiera librado de las consecuencias negativas de la misma. Pero no; Dios se ha hecho hombre. Ha asumido personalmente el

mal del mundo. Dios no ha querido desentenderse de este mundo nuestro. Dios se ha zambullido de lleno en el mundo en Jesús de Nazareth. En Él comparte nuestra suerte. En su Encarnación ha asumido esta humanidad nuestra en su forma más vulnerable y con todas sus consecuencias. Y en el dolor y en la muerte no se ha ahorrado, no ha dejado de amar y se ha dado hasta el extremo y libremente.

Las palabras de Jesús: "Dios mío, Dios mío ¿porqué me has abandonado?" suponen un descenso a los infiernos de la humanidad. Nadie podrá descender tanto. Nosotros, cuando experimentamos el abandono de Dios, nos refugiamos en otras realidades auténticas: familia, amigos, trabajo, descanso y servicio. Jesús, constitutivamente el Hijo, se rompe, experimentando el abandono del Padre. Como su vida se iluminó en el Tabor al experimentar la cercanía del Padre, aquí su vida se oscurece en la noche más profunda de la humanidad. Desde esa experiencia acompaña nuestras noches. En adelante nuestra soledad ya no será radical. Siempre estará Él, aunque dirá San Ignacio, "escondido", en su aparente ausencia.

"HE AHÍ AL HOMBRE". Las palabras de Pilatos tienen una profundidad no programada. Aquel despojo de hombre, flagelado, coronado de espinas y humillado, expresa toda la entrega y amor de Dios a la humanidad. Jesús es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. Porque Dios no quiere obligarnos a amar, su presencia es discreta. Es un Dios con nosotros, no sobre nosotros. En la cruz ha vaciado toda su ternura y ha mostrado todo su poder, su amor incondicional que nos salva. "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo... Nadie tiene más amor que el que da la vida por los amigos... Vosotros sois mis amigos... Padre, perdónales porque no saben los que hacen". Dios se ha mostrado dispuesto al abajamiento total con tal de manifestar que su ser es amar. (Cf. Filip. 2,7-8). En la cruz descubrimos la forma de ser de Dios. Por eso, podemos decir también: "He ahí a Dios". También hoy, en el horror de esta pandemia, está. Se deja encontrar, no se impone, comparte nuestra suerte y nos acompaña desde dentro. Está acompañando a nuestros seres queridos que están viviendo la enfermedad y la muerte en una soledad familiar tan desgarradora. Él sí está. Somos estos días testigos de experiencias consoladoras, que no se explican si Él no está. "Verdaderamente este es el Hijo de Dios". "Cuando sea levantado sobre lo alto sabréis que yo soy". Es una auténtica teofanía.

Elie Wiesel, escritor, premio Nobel de la paz superviviente de Auschwitz, cuenta que un día, regresando del trabajo al campo de Auschwitz, encontraron en el patio a tres compañeros encadenados que iban a ser colgados. Uno de ellos, era un niño. Nada más entrar, se les fue colocando, con toda la parafernalia al uso, para que presenciaran tan macabra ejecución. Momentos antes de ser ahorcados, los dos adultos gritaron "viva la libertad". El niño, en cambio, permaneció callado. Y, en ese momento, alguien que estaba detrás de E. Wiesel preguntó: "¿Dónde está el buen Dios? ¿dónde está?". Seguidamente se procedió al ahorcamiento del niño y de los dos adultos, retirándoles las sillas a las que habían sido aupados. "En el horizonte", comenta, "el sol se estaba ocultando" en medio de un silencio absoluto. A continuación, comenzó el dramático y punitivo desfile de los prisioneros, entre lágrimas y sollozos, por delante de sus tres compañeros.

Cuando le tocó el turno a él, los adultos ya habían expirado. En cambio, el niño, seguía agitándose. Aún vivía. Y así estuvo media hora, luchando entre la vida y la muerte, agonizando hasta morir, lentamente asfixiado, a causa de su escaso peso. En ese momento E. Wiesel volvió a escuchar, detrás de sí, la misma pregunta de hacía unos minutos: “¿Dónde está Dios?”. “Sentí”, recuerda, “una voz que, saliendo de mí, respondía”: “¿Dónde está? Ahí está, está colgado ahí, de esa horca...”. ¡Dios está ahí, en esa cruz! Gracias Señor por no haberte bajado. Gracias a Dios, la última palabra de Jesús en la cruz no nos habla de abandono sino de confianza:

"PADRE, EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU".

¿Cómo pudo pasar Jesús de la cuarta palabra a la séptima? ¿del abandono a la confianza? Un autor genial dice que a Jesús le salvó la memoria. Tenía tanta memoria acumulada de la fidelidad del Padre que no le pudo fallar. Él nunca falló al Padre, el Padre nunca le falló, nunca se fallaron. ¡A Jesús le salvó la memoria! "Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu".

Las confesiones más antiguas de la Resurrección tienen por autor al Padre: Dios le resucitó... El Padre le constituyó en Señor y Cristo... El que yacía entre los muertos, reina vivo... Dios rehabilitó al ajusticiado... El amor es más fuerte que la muerte.

Su resurrección garantiza la victoria del bien y del amor sobre el mal y el pecado. Esa ha sido la respuesta de Dios en su Hijo Jesús. Y esa respuesta suya pide una respuesta nuestra en nuestra vida. Un Dios que trabaja hasta la extenuación busca colaboradores que le ayuden en su lucha contra el mal. Dios quiere luchar contra el mal a través de nosotros. Dios hace todo lo que puede hacer sin suprimir nuestra dignidad, sin anular al hombre, porque se toma en serio nuestra libertad.

Investigando sobre la vacuna contra el coronavirus, luchando contra la enfermedad como lo hacen los heroicos sanitarios, colaborando con las medidas de salud pública, estamos siendo Providencia de Dios.

Sin lugar a dudas, la señal más visible del amor fiel del Padre: Santa María.

"MUJER, HE AHÍ A TU HIJO. HE AHÍ A TU MADRE".

Al pie de la cruz Ella era el signo más claro de que Jesús no era un maldito sino que seguía siendo el hijo muy amado. Se puede ser el hijo muy amado y estar clavado en la cruz. El hijo la necesitó al pie de la cruz. No cualquier manera de vivir el dolor vale. Podemos malearnos, envenenarnos, amargarnos y endurecernos en el dolor. Necesitamos a la Madre. Estuvo magnífica al pie de la cruz. Ni una palabra, pero subió al Calvario como madre de uno y bajo como madre de todos nosotros. Creció, se agigantó al pie de la cruz. La única creyente al pie de la cruz. Cuando Jesús entregó su Espíritu ¿quién lo recogió? Santa María. Hubo un momento en que todo el Espíritu de Jesús lo tuvo Santa María. Hubo un momento en que toda la Iglesia fue María y después en Pentecostés, con María, el Espíritu para toda la Iglesia. La Iglesia hoy prolonga la maternidad de María.

En esta pandemia ser cristiano es ayudar, colaborar, acompañar y si el confinamiento no permite otra cosa, rezar, rezar mucho, interceder y clamar.

Cuando murió Jesús, "EL VELO DEL TEMPLO SE RASGÓ, LA TIERRA TEMBLÓ, LOS SEPULCROS DE ABRIERON Y EL CIELO SE OSCURECIÓ".

Son los signos apocalípticos de los que habla el evangelio. ¿Qué tiene que quebrarse dentro de nosotros para que haya resurrección? ¿Con qué tengo que romper, qué decisión tengo que tomar para que haya liberación y vida en mi existencia? Este Viernes Santo tiene sesgos apocalípticos. Tiempo para ir a lo fundamental, para primar lo importante sobre lo urgente, para reencauzar temas pendientes y para relativizar muchas cosas a la sombra del Absoluto del amor de Dios.

Jainko Jauna,

*Jesukristo gure Jaunaren nekaldiarekin ezereztu zenuen
lehenengo pekatua gizaki guztietara zabaldutako heriotza;
egin gaitzazu zure Semearen irudiko,
izatez Adanen antzeko garenok
zure grazia lagun Jesukristoren antzeko izan gaitezen.
Errege bizi baita gizaldi eta gizaldietan.*

*+Juan Carlos Elizalde
Obispo de Vitoria*

Vitoria-Gasteiz 10 de abril de 2020, Viernes Santo